

Es lógico, por otra parte, que una obra de casi mil páginas sobre un tema monográfico ofrezca algún flanco débil. Se comprende que el autor haya querido conceder especial relieve a Melchor Cano, pero esta preferencia conlleva cierta desproporción considerando las doscientas cincuenta páginas dedicadas a este teólogo, frente a las quince que versan sobre Domingo Báñez; también otros maestros de cierto relieve como Pedro Sotomayor o Mancio de Corpus Christi merecerían un tratamiento algo más extenso. Asimismo el «marco histórico e institucional» y la introducción general a la Escuela de Salamanca habrían ganado en claridad si se hubiera condensado más este tema de carácter más bien introductorio, evitando algunas repeticiones.

Es discutible la afirmación del autor acerca de la absoluta fidelidad de Cayetano al pensamiento de Santo Tomás (pp. 62, 230, 237, entre otras), ya que desde los estudios de Étienne Gilson, Norberto del Prado y Santiago Ramírez, sobre todo, se impone la tesis contraria, al menos en lo referente a algunas doctrinas filosóficas de Aquino, por ejemplo, en el importante tema de la analogía del ser. Lo mismo cabría decir respecto de la cuestión, nada baladí, relativa a la trascendentalidad del *esse*. A partir de tales premisas convendría matizar también algunas afirmaciones sobre teólogos de la Segunda Escuela de Salamanca, a los que el autor atribuye «un tomismo más servil, mucho más pegado al texto de la *Suma*, al estilo de Cayetano» (p. 776); es cierto que los teólogos de esa generación salmantina son menos creativos que los de la primera hora, pero es preciso conceder que Domingo Báñez, por ejemplo, es más fiel a Santo Tomás que Cayetano (cf. pp. 790-792). Bastaría considerar las críticas que el propio Báñez vertió contra la síntesis cayetanista, para advertir la comprensión que este salmantino de la segunda generación alcanzó de la síntesis tomasiana.

En éstos y en algunos otros aspectos, como por ejemplo la influencia nominalista en la teología del siglo XVI, los análisis y comentarios del autor se prestan a un diálogo científico que siempre es provechoso. Al mismo tiempo, al dar a conocer con exactitud y detalle el estado de la investigación sobre la Escuela de Salamanca, constituye una invitación a los estudiosos para trabajar en tantos campos que aún se encuentran en barbecho, como son ediciones críticas y estudios monográficos de teólogos salmantinos menos conocidos.

Elisabeth REINHARDT

Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Ediciones Rialp, Madrid 2000, 358 pp.

Con ocasión de los veinticinco años del fallecimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, acaecida en Roma el 26 de junio de 1975, Salvador Bernal, Doctor en Derecho y periodista, ha mantenido una larga conversación con el actual Prelado del Opus Dei, Excmo. y Revmo. Mons. Javier Echevarría. Miembro del Opus Dei en 1948, Mons. Echevarría estuvo muy cerca del Beato Josemaría desde 1950, trato que se intensificó a partir de 1952, cuando fue nombrado secretario suyo y, muy particularmente, a partir de 1956, en que fue designado *Custos*, «es decir, una de las dos personas que, de acuerdo con los Estatutos del

Opus Dei, había de vivir siempre con el Presidente General (a partir de 1982, con el Prelado), y ayudarle en su vida y en su trabajo cotidiano» (p. 9).

La base de esta *Memoria* es el ímprobo trabajo realizado por el actual Prelado del Opus Dei para preparar la causa de beatificación de Josemaría Escrivá, proceso culminado el 17 de mayo de 1992, en un solemne acto litúrgico, presidido por el Santo Padre Juan Pablo II, en la plaza de San Pedro, al que asistieron, según las estimaciones que barajó la prensa en aquellas días, más de doscientas mil personas procedentes de todas las latitudes. Los recuerdos y notas que Mons. Echevarría escribió después de la marcha al cielo del Beato Josemaría tienen, según ha declarado posteriormente Salvador Bernal, en torno a cuatro mil folios o más. La labor del entrevistador consistió en conversar con Mons. Echevarría, con objeto de ordenar esas extensas notas. Tarea no fácil, ciertamente, pero que ha sido realizada, a mi entender, satisfactoriamente.

No debe extrañar que Mons. Echevarría haya podido disponer de tan abundante material. A la cotidiana y larga convivencia de más de treinta años con el biografiado, se añade la extraordinaria memoria del entrevistado y el cuidado delicadísimo que siempre manifestó por conservar, en la medida de lo posible, todo gesto y palabra del Beato. Le animaba a ello, no sólo su cariño filial, sino también su responsabilidad ante la historia. Por consiguiente, tenemos aquí una pequeña muestra, aunque muy expresiva, de la *Memoria* conservada por Mons. Echevarría, puesta a punto por Bernal.

Ante todo conviene destacar una advertencia del entrevistador: «En modo alguno este libro pretende ser una biografía histórica, sino más bien una aportación significativa al conocimiento y perfil espiritual del Beato Josemaría» (p. 11). Las obras históricas tienen su propio método, su manera de proceder y, por consiguiente, su forma de ser enjuiciadas. Aquí nos hallamos en la etapa previa a la Historia: este libro se inscribe en el capítulo de las fuentes o testimonios. Los historiadores lo tomarán en cuenta, porque constituye un relato de primera mano de la vida cotidiana de una de las figuras eclesiásticas más notables del siglo XX. Muchos rasgos de su temperamento y carácter, e innumerables circunstancias de su vida se explican o se comprenden ahora mejor a la luz de esta *Memoria*. Es paradigmático, por ejemplo, todo el capítulo sobre la salud y la enfermedad del Beato Josemaría, que tanto esfuerzo y heroicidad le obligaron a desplegar en múltiples ocasiones. En efecto, a la vista de lo que cuenta Mons. Echevarría se agiganta el desprendimiento y el amor a las almas manifestados por el Beato en los últimos cinco años de su vida, en que emprendió varios viajes catequéticos, que le llevaron a recorrer la Península Ibérica de un extremo a otro, prácticamente toda Sudamérica, parte de Centroamérica y México, y algunos países de la Europa occidental. Y todo ello, sin contar con la grave diabetes diagnosticada en 1944, y padecida hasta que sufrió un *shock* anafiláctico el 27 de abril de 1954, del que se recuperó, como narra Mons. Echevarría, «por Voluntad de Dios», cesando los síntomas de la diabetes, aunque entonces aparecieron otros males.

Bernal nos informa que son dos las perspectivas que le interesa subrayar en este libro. Al hilo de los recuerdos de Mons. Echevarría se ha fijado muy especialmente en aquellos pasajes que destacan la unidad o ensamblaje del espíritu del Opus Dei con las realidades humanas y culturales de nuestro tiempo, tema directamente aludido por el Decreto de virtudes heroicas, publicado por la Santa Sede en 1990. Así mismo, se ha sentido muy impresio-

nado por las nuevas vías teológico-pastorales y canónicas intuitas y, en parte, desarrolladas, por el Beato Josemaría, más tarde recogidas por el Concilio Vaticano II (captación del matrimonio como camino vocacional, la llamada universal a la santidad, el ministerio sacerdotal como servicio, la Misa como centro y raíz de la vida cristiana, etc.).

Con todo, ahora quiero referirme más especialmente a las novedades que el Concilio formuló en el número 10 del decreto *Presbyterorum ordinis*, en buena medida preanunciadas por la acción pastoral y la predicación del Beato Josemaría, e inspiradas, por qué no decirlo, en ellas. La figura del Fundador del Opus Dei delineada en esta *Memoria*, no se circunscribe, pues, sólo a lo que podríamos denominar el plano de lo cristiano-existencial y al orden de la lucha ascética, con ser estos dos niveles tan importantes; sino que se proyecta, y no secundariamente, sobre una nueva comprensión del misterio de la Iglesia, tanto desde su perspectiva teológica, como espiritual y jurídico-canónica. Verbigracia, y en cuanto al nivel teológico, una mayor profundización en los caracteres sacerdotal, bautismal y de la confirmación, que ilumina la igualdad fundamental de los fieles y su desigualdad funcional. A partir de aquí se descubre la radical participación del fiel cristiano en la misión de la Iglesia (esto permite, entre otras cosas, una ajustada inteligencia de lo que el Concilio ha denominado «Iglesia doméstica», referida al hogar cristiano). O, por poner otro ejemplo, las intuiciones del Beato Josemaría relativas a la secularidad cristiana.

Me parece saliente, ya en el plano eclesiológico-canónico, una afirmación de Mons. Echevarría, recogida en la página 313, que copio literalmente: «Cuando el Fundador vio el Opus Dei, comprendió ya que su naturaleza jurídica iba en la línea de las estructuras de la jurisdicción personal y, sin pensar en sí mismo, buscó la orientación y el camino para llegar a esa solución. Pero, desde que hizo la primera petición —o primer intento de petición— para llegar a la figura jurídica definitiva de la Obra, como podía ir ligada a una capitalidad episcopal, comunicó a la Santa Sede que estaba dispuesto a renunciar a dirigir la Obra, para que otro asumiera esas funciones: no le interesaba para su persona esa dignidad jerárquica». Evidentemente, esta actitud revela una profunda humildad; pero también manifiesta —como ya se ha dicho más arriba— una comprensión nueva del misterio de la Iglesia, algo que quizá no se ha destacado suficientemente por parte de la crítica histórica, aunque tiempo habrá...

Josep Ignasi SARANYANA

Samuel FERNÁNDEZ, *Cristo médico, según Orígenes. La actividad médica como metáfora de la acción divina*, Institutum Patristicum Augustinianum («Studia Ephemeridis Augustinianum», 64), Roma 1999, 328 pp.

El libro que nos toca ahora analizar es una tesis doctoral de 1996, leída en el Institutum Patristicum Augustinianum de Roma.

Ya desde las primeras páginas de esta obra se advierte al lector sobre los grandes temas que se van a estudiar: enfermedad, enfermo y médico. Estos términos han de ser entendidos con valor metafórico, y referidos a las realidades espirituales resultantes de la acción divina y humana en el